



Semana del 19 al 25 de agosto de 2018. DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

“Alimentas a tu pueblo con comida de ángeles y le has dado pan del cielo”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Pr 9,1-6: “Comed de mi pan y bebed del vino que he mezclado”

Salmo: 33,2-3.10-11.12-13.14-15: “Gustad y ved qué bueno es el Señor”

2ª Lectura: Ef 5,15-20: “Daos cuenta de lo que el Señor quiere”

Evangelio: Jn 6,51-58: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”

Monición: El banquete eucarístico se hace finalmente presente en el “Discurso del Pan de Vida” a través de sus elementos constitutivos: el Cuerpo y la Sangre del Señor. Quienes lo oyen, se escandalizan, pero Jesús continúa: “*El que come mi carne y bebe mi sangre vive de vida eterna, y yo lo resucitaré el último día*”. En la primera lectura, la sabiduría invita a todos a comer del pan y a beber del vino que ella misma ha preparado.

Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 6,51-58)

+++ Gloria a Ti, Señor

“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne, y lo daré para la vida del mundo.”

Los judíos discutían entre sí: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” Jesús les dijo: “En verdad les digo que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes.

El que come mi carne y bebe mi sangre vive de vida eterna, y yo lo resucitaré el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.

Como el Padre, que es vida, me envió y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo. Pero no como el de vuestros antepasados, que comieron y después murieron.

El que coma este pan vivirá para siempre.”

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Continuamos con la lectura del capítulo 6 del Evangelio según San Juan, y en los versículos del 51 al 58, que son los que nos toca analizar hoy, llegamos al punto culminante del discurso de Jesús presentándose a Sí mismo como el Pan de Vida; el momento en el que aparecen, con claridad indiscutible, los signos sacramentales de la Sagrada Eucaristía.

A lo largo de estos versículos, el Señor aclara en forma contundente, y hasta con cierta crudeza, que Él es el alimento enviado por el Padre para dar vida a la humanidad.

Curiosamente, a diferencia de lo que ocurre en los tres Evangelios Sinópticos (como podemos verificar en Mateo 26, versículos 26 al 28; en Marcos 14,22 al 24 y en Lucas 22,18 al 20), el Evangelio de Juan no menciona la institución de la Eucaristía en el transcurso de la Última Cena, pues aquella termina, según su relato, con la llamada “*Oración de Jesús por el nuevo pueblo santo*”, que les invitamos a leer y meditar en la Casitas de Oración, cuando tengan “*un tiempo extra*”. La cita es Jn 17 (todo el capítulo).

Pues bien, Juan no nos habla de la “Institución Eucarística” mientras relata lo que aconteció durante la Última Cena, pero es en este su capítulo 6, y especialmente en los versículos que repasamos hoy, donde —según los especialistas— San Juan “aclara su punto de vista” sobre este Sacramento, que se practicaba con asiduidad ya en las comunidades cristianas desde los primeros tiempos.

Como hemos dicho ya anteriormente, el valor principal de cada uno de los Libros que se encuentran en las Sagradas Escrituras, no reside en su precisión histórica, sino en la profundidad espiritual de su mensaje, dado que éste siempre ha sido inspirado por Dios... Justamente, como prueba de que creemos verdaderamente en eso, es que al terminar de leerlo, nosotros decimos “*Palabra de Dios, te alabamos Señor*” (cuando no se trata de un pasaje Evangélico) y “*Palabra del Señor, Gloria a Ti, Señor Jesús*” (cuando sí se trata de un pasaje del Evangelio, en los que se relatan sucesos de Su vida).

Pero centrándonos en lo que nos toca ver ahora, pensemos en la gravedad de las palabras de Jesús, cuando les decía a sus interlocutores que debían “*comer su carne y beber su sangre*”, para poder tener una vida plena. Imaginemos el espanto de los judíos ante la sola idea de encontrarse masticando un pedazo del cuerpo de aquel



hombre...

Es cierto que las palabras de Jesús fueron durísimas. De hecho, como veremos la semana que viene, los versículos que siguen a esta lectura nos narran que muchos de sus discípulos se alejaron de Él a causa de esto que hoy les dice; pero eso fue porque en el fondo, sus corazones no estaban dispuestos a abrirse para recibir un importante Misterio de Dios... Los Misterios de Dios son precisamente eso, "misterios", y no **tenemos** que tratar **siempre** de entenderlos... A veces basta con sólo aceptarlos y glorificar al Señor, agradeciéndole por Su Amor.

Jesús era un signo de contradicción para su pueblo (tal como lo había profetizado el anciano Simeón cuando José y María llevaban al Niño Dios para presentarlo en el Templo), pero en el tiempo actual también sucede lo mismo, pues el mensaje del Evangelio, la presencia viva de Jesús en la Eucaristía, y la auténtica vida cristiana, con sus valores y muchas de sus creencias, son signos de contradicción para el mundo.

Sin ir lejos: veamos las contradicciones que surgen en el seno de nuestras propias familias, o entre los amigos, cuando hablamos "mucho" de Jesús (entendiendo que ese "mucho" está medido según el criterio del mundo, por supuesto)... Se nos llama exagerados, fanáticos, aburridos, pasados de moda... Pensemos nada más en los problemas que a veces tienen algunas señoras con sus esposos, para poder asistir a su Casita de Oración, para concurrir a las adoraciones nocturnas o para realizar alguna labor de Ministerio en el Apostolado... Es que, con los criterios del mundo, no se entiende o no se quiere creer que servir a Dios es lo mejor que uno puede hacer en la vida, y al hacerlo, uno trae múltiples bendiciones para sí mismo y para todos sus seres queridos.

Aún en nuestros días, a pesar de los casi 2 mil años transcurridos, a pesar de los varios centenares de santos que pasaron por el mundo y las evidencias irrefutables de sus milagros, encontramos la misma incredulidad y dureza de corazón que tenían aquellos judíos frente al Misterio Eucarístico, y quizás mayor: Laicos que acuden a la Santa Misa pero están distraídos e inconscientes de lo que sucede, e incluso a veces notamos que hasta quien preside la Eucaristía, lo hace a las apuradas, o con un pésimo estado de humor... Es que a veces pareciera que realmente no creemos que estemos en presencia de Cristo completo, vivo y palpitante de amor.

La comida normal del mundo no da la vida; únicamente retrasa la muerte. Aquí, Cristo está diciéndonos que Él es el "Pan Vivo Bajado del Cielo", el Pan que da vida, la misma vida que Él comparte con el Padre, no el pan que se endurece o se llena de hongos y se tira, o se da a los animales, sino un Pan Vivo, que desde la eternidad pensó en nosotros con infinita ternura, y que quiere un día recogernos en su seno amantísimo, lleno de felicidad y gozo.

La comida de verdad es la que sacia al corazón humano. La bebida de verdad es la que tiene ese arte maravilloso de saber embriagar en santidad y amor al corazón humano, calmando la sed profunda del alma. Por eso Jesús, citando las Escrituras, le dijo al demonio: *"no sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de Dios"*. (Cfr. Mt 4,4). Él es pues la Palabra hecha Carne, el Verbo Encarnado, nuestro alimento sublime.

Encontrar a Cristo, como comida de verdad y como bebida de verdad, es encontrar en Él el lugar perfecto de descanso para todas nuestras fatigas, la realización de todos nuestros anhelos; es descubrir cómo, todo lo que nosotros esperamos y todo lo que nosotros queremos, tiene su plenitud y su fuente en Él.

La Carne y la Sangre de Jesús, convertidos en el Pan Eucarístico, son el verdadero alimento espiritual, y como el hambre espiritual no se manifiesta con dolor de estómago, a menudo vamos sustituyendo ese alimento por la comida chatarra que el mundo nos ofrece: por el relativismo, por la deificación del "yo" (es decir, el auto-endiosamiento), la búsqueda de los placeres inmediatos y fáciles, la gula, la vanidad, el materialismo, el sexo, el rencor, el individualismo...

Y al igual que cualquier comida chatarra, en lugar de alimentarnos, nos enferma, nos deforma y nos envenena, dejando detrás de sí, más hambre, más insatisfacción, más soledad...

"El que come mi carne y bebe mi sangre vive de vida eterna" nos dice el Señor en esta lectura, y debemos prestar mucha atención a esa frase... No dice "Vive **'en'** la vida eterna", ni "Vive **'para'** la vida eterna". Dice "vive **DE** vida eterna", o sea, se alimenta de las cosas relacionadas con la vida eterna, con la vida del espíritu.

En efecto, la Sagrada Comunión nos lleva a fijar nuestras aspiraciones en lo alto, en las cosas de Dios, que son el



hambre de nuestra alma, y al tenerlas, conquistaremos la gloria para la que fuimos creados, porque Jesús continúa diciendo: **“Y yo lo resucitaré en el último día.”**

Al alimentarnos de la Carne de Cristo en la Eucaristía, sacando el debido provecho, recibimos sustancia de fe, sustancia de luz, por eso es que el hambre del alma es el don incomparable de sentir la necesidad de Dios, el don con el que uno se agita angustiado en búsqueda de ese “algo” que no se alcanza, mientras no se mire de frente y en humildad la Cruz de Cristo.

Hay otro aspecto importante para resaltar en esta lectura, y es que el Señor dice: **“El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”**. Nuevamente nos habla de “permanecer”... Pero notemos que Jesús no nos dice que permanecemos “junto” a Él, ni “con” Él, ni tras sus pasos, ni cerca de Él.

Jesús nos dice **“EN MÍ”**, que quiere decir **dentro** de Mí, en mi esencia... Serán parte Mía, serán todo Yo... Pero además termina maravillosamente esta frase aclarando: **“y Yo en él”**. O sea que la Eucaristía es un milagro tan inconmensurable, tan infinitamente grande y misterioso, que ante nuestra pequeñez, perdemos su magnificencia, su verdadero significado y sus beneficios.

Cuando comulgo, verdaderamente me hago un sagrario de Cristo. Estoy inmerso en el Ser mismo de Cristo, y Cristo está inmerso en mi ser. Cristo es parte mía, y yo soy parte de Él. Y si Cristo es una parte sustancial indivisible de la Santísima Trinidad, es Dios Trino y Uno que está en nuestro ser, y nosotros nos hacemos parte del ser de la Santísima Trinidad.

¿Cómo es posible que, después de alcanzar a entender al menos una parte de este profundo Misterio del Cristo como Pan de Vida, como Pan Vivo bajado del cielo, no cambie nuestro sentir y nuestro vivir con la Santa Comunión y la Misa? ¿No será necesario que mi actitud cambie desde hoy mismo, y corra presuroso en busca de este alimento, a partir del cual nunca más sentiré hambre?

Quizá nuestro error esté en aquello que el mismo Jesús hace notar: **“Este es el pan que ha bajado del cielo. Pero no como el de vuestros antepasados, que comieron y después murieron”**... ¿No será que por falta de verdadera fe, por falta de meditación y de oración, tomamos la Eucaristía con la misma levedad con la que los judíos recogían el maná caído del cielo...?

¿No será acaso, que lo recibimos como un regalo de Dios para comerlo hoy, porque mañana “caerá otro”, y así perdemos de vista que lo que recibimos es el máximo don, es Cristo que se dona, que se entrega a nosotros una vez más, y que podría muy bien ser la última vez que lo recibamos, porque nadie tiene la vida comprada?

En la Eucaristía, Jesús es no sólo el anfitrión sino también la comida, el celebrante, el sacerdote, el Altar, el pan y el vino. Y, nosotros, reunidos en ese lugar, formamos el pueblo de Dios y compartimos los dones que Dios nos da para todo el viaje de la vida y el tránsito hacia la inmortalidad.

Meditando este Evangelio, nos daremos cuenta de que el fruto de alimentarse del “Pan vivo Bajado del Cielo”, no puede ser otra cosa que la conversión: ¡la santidad!

Si Cristo está en mí, y Yo estoy en Cristo, entonces yo soy Cristo, y por lo tanto, no tengo más alternativa que comenzar a actuar, a sentir y vivir como Él: en Comunión plena con el Padre y el Espíritu Santo, sanando a los enfermos, dando libertad a los cautivos, alimentando a los enfermos, y ayudando a salvarse a los incrédulos, aunque sea al costo de mi propia vida en la cruz diaria.

Si en el tercer párrafo de estas “Referencias”, insistimos hoy en el pedido de que no dejen de leer aquel capítulo 17 del Evangelio de San Juan, es porque el discurso del Pan de Vida (que litúrgicamente estamos viendo y viviendo en estas semanas) y la última oración de Jesús por su pueblo, tienen mucho en común... En ambos pasajes, aunque de manera distinta, se hace referencia a **la Comunión**, que no puede ser completa sino es verdadero signo de unión común entre nosotros.

Que el Señor nos fortalezca e ilumine al hacerse nuestro alimento, y así ayude a que nuestras comunidades del ANE puedan constituirse en ese signo de Comunión que hoy necesita tanto nuestra Iglesia, y que la humanidad entera pide



a gritos, para encaminarse mejor. ¡Basta ya, por favor, de quedarnos con las formas!

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) Dice San Agustín: “*Si quitas la palabra, es pan y vino; añades la palabra, y es el cuerpo y la sangre de Cristo. Quitas la palabra es pan y vino; añades la palabra y se convierte en sacramento*”. ¿Cuán importante es la palabra de Dios para mí?
- b) ¿Estoy dispuesto yo a transformarme y ayudar a transformarse a otros... a ser también “alimento” para los demás, por medio de la Palabra de Dios y de mi entrega personal?
- c) ¿Puedo explicar a alguien lo que hace la Eucaristía en mi vida? ¿Porqué no intentarlo un poco más, a partir de ahora?
- d) ¿Qué estoy aprendiendo, recordando o profundizando hasta el momento, en la catequesis de hoy?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo. Cánones: 1333, 1334, 2837

1333 En el corazón de la celebración de la Eucaristía se encuentran el pan y el vino que, por las palabras de Cristo y por la invocación del Espíritu Santo, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Fiel a la orden del Señor, la Iglesia continúa haciendo, en memoria de Él, hasta su retorno glorioso, lo que Él hizo la víspera de su pasión: “Tomó pan...”, “tomó el cáliz lleno de vino...”. Al convertirse misteriosamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los signos del pan y del vino siguen significando también la bondad de la creación. Así, en el ofertorio, damos gracias al Creador por el pan y el vino, fruto “del trabajo del hombre”, pero antes, “fruto de la tierra” y “de la vid”, dones del Creador. La Iglesia ve en el gesto de Melquisedec, rey y sacerdote, que “ofreció pan y vino” (Gen 14,18), una prefiguración de su propia ofrenda (Cfr. Misal Romano, Canon Romano 95).

1334 En la Antigua Alianza, el pan y el vino eran ofrecidos como sacrificio entre las primicias de la tierra, en señal de *reconocimiento* al Creador. Pero reciben también una nueva significación en el contexto del Éxodo: los panes ácidos que Israel come cada año en la Pascua conmemoran la salida apresurada y liberadora de Egipto. El recuerdo del maná del desierto sugerirá siempre a Israel que vive del pan de la Palabra de Dios. Finalmente, el pan de cada día es el fruto de la Tierra prometida, prenda de la fidelidad de Dios a sus promesas. El “cáliz de bendición”, al final del banquete pascual de los judíos, añade a la alegría festiva del vino una dimensión escatológica, la de la espera mesiánica del restablecimiento de Jerusalén. Jesús instituyó su Eucaristía dando un sentido nuevo y definitivo a la bendición del pan y del cáliz.

2837 “De cada día”. La palabra griega, “epiousios”, sólo se emplea aquí en todo el Nuevo Testamento. Tomada en un sentido temporal, es una repetición pedagógica de “hoy” para confirmarnos en una confianza “sin reserva”. Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida, y más ampliamente cualquier bien suficiente para la subsistencia. Tomada al pie de la letra [epiousios: “lo más esencial”], designa directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo, “remedio de inmortalidad”, sin el cual no tenemos la Vida en nosotros. Finalmente, ligado a lo que precede, el sentido celestial es claro: este “día” es el del Señor, el del Festín del Reino, anticipado en la Eucaristía, en que preparamos el Reino venidero. Por eso conviene que la liturgia eucarística se celebre “cada día”.

La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros, para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oímos cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan (...) Todo eso es necesario en nuestra peregrinación (San Agustín).

El Padre del cielo nos exhorta a pedir, como hijos del cielo, el Pan del cielo (Cfr. Jn 6,51). Cristo “mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la Carne, amasado en la Pasión, cocido en el Horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial” (San Pedro Crisólogo).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CA-84 Por este sacrificio incomparable, por este amor infinito, deseo salvar a esta humanidad que se empeña en buscar su ruina y condenación eterna. Por eso quiero que todas las almas se sientan inflamadas en el amor y conocimiento Eucarístico y se apresten a llevar a otras lo que en ella rebosa y obren sólo guiadas por Mi Caridad infinita, que es luz, verdad y justicia en el amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu...



7.- Virtud del mes: Practicamos la virtud de la **Prudencia** (CIC: 1806-1835-1906-1805-1787-1788)

Esta Semana veremos los cánones 1787 y 1788, que dicen lo siguiente:

1787 El hombre se ve a veces enfrentado con situaciones que hacen el juicio moral menos seguro, y la decisión difícil. Pero debe buscar siempre lo que es justo y bueno y discernir la voluntad de Dios expresada en la ley divina.

1788 Para esto, el hombre se esfuerza por interpretar los datos de la experiencia y los signos de los tiempos gracias a la virtud de la prudencia, los consejos de las personas entendidas y la ayuda del Espíritu Santo y de sus dones.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM-2 Jamás voy a ordenarte nada, te guío, te hablo a través de otras personas, te muestro las cosas buenas y malas, pero eres tú quien debe decidir. Yo propongo, tú tienes libertad de elección.

El hombre debe preocuparse por vivir el momento presente en todos sus detalles con rectitud. No angustiarse tanto por el momento que ha de venir porque no sabe ni cómo ni cuándo vendrá, ni tan siquiera si éste llegará.

Tú hablas de que quieres ser santa y ni siquiera sabes lo que en verdad es ser santa. Mira, te voy a decir lo que es ser santa: santa es quien ha hecho de sí un crucifijo de Mi Voluntad... Medita sobre ello.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Buscaré la manera de reordenar mis tiempos, para poder acercarme a la Eucaristía más a menudo, cada vez con mayor consciencia de lo que estoy haciendo allí. Trabajaré en mí para unirme en verdadera Comunión con TODOS mis hermanos.

Con la virtud del mes: Ante alguna situación difícil, pediré la asistencia del Espíritu Santo, para obrar siempre con prudencia, buscando hacer solamente la voluntad de Dios en mi vida.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*